

## Sabrina es una mujer pintada de rubia.

Sabrina es una mujer pintada de rubia, que se levanta con la gallina quinta, sale a la calle con la sexta, y a ponerse el reloj en las siete llega cándida a su pega oscura, cuando no hay nadie y sólo existe su sombra, su taza de té con leche, y su media protegida con esmalte de uña. Pía, es otra mujer, que peca con el letargo de la cama, con la desidia de los días, de la levantada tarde y la culpa del Transantiago, que coge el metro a las siete y llega pasado las ocho, cuando el público pide a gritos su presencia, cuando el jefe se alivia de verla, y luego se retira. Ella prende su computador, y se pone vaselina en los labios. Y entonces ella dice: Buenos Días, ¿en qué puedo ayudarle?, ¿está en ayuno?, vuelvo en un segundo, son treinta y cinco mil setecientos pesos, su vuelto, muchas gracias, hasta luego. Habla tan bonito que el médico la asecha, le dice que llegará lejos, que se tomen un café en el casino, que cualquier cosa, no dude nunca, que le cierra un ojo, que le pide un deseo furtivo.

Sabrina forcejea a menudo con los pacientes que sobrepasan las doce horas de ayuno para ése examen, y entonces ellos dicen que tan sólo tienen diez. Sabrina llama a la enfermera porque debe explicarle razones. Ella las sabe, pero no las entiende. Pía las entiende y las sabe, pero también llama a la enfermera. Nubla su cabeza el médico omnipresente. La enfermera sí las sabe, las explica, las moldea, las desvaloriza, las hace retroceder con una sonrisa de bienvenida que aprendió en el seminario de atención al cliente. El paciente se acerca a Sabrina, le habla de los buenos modales, de la buena disposición, de las escuelas, de las cunas. ¡Y qué curioso!, una cuna es lo que tiene pensado cotizar en su hora de almuerzo. Una cuna es lo que no puede seguir postergando en comprar para su hija, que vaya, podría tener la edad de Pía.

Pía ingresa a una mujer embarazada, con el examen de microalbuminuria. La mujer le pide que la espere mientras va a sacar plata del cajero automático, pero Pía sigue atendiendo, y cuando ella vuelve, le pide un favor a Sabrina. La embarazada agradece, se sienta, retira sus ropas del brazo y se entrega a la sangre viva de esos conductos, al olor a alcohol. A veces las venas no se aparecen de manera fácil, ni las agujas se dejan manejar apaciblemente.

Pía no es para un trabajo cómo éste - piensa Sabrina. Los estudios y la responsabilidad de llegar temprano parece que no son para ella compatibles. Apenas entiende por qué su madre enfermera no la saca de allí y le paga todo. Hay gente que es para un trabajo y otra que es para otro. Sabrina, por ejemplo, es una mujer para una gran empresa, para usar tacos altos, su pelo rubio al aire, sus lentes oscuros, tomarse un trago con alguno de sus jefes. Sí. Un jefe como el marido de la embarazada, que la mira fijamente. La ha podido mirar otras veces, acaso sonreído un par de veces más, la ha enredado en la sábana de seda verde del hospital. La mira siempre una vez más, como si pudiera imaginar la historia que Sabrina ya se hizo en ese asiento incómodo de recepción de ese lugar.

Cuando Pía corre hacia ella, Sabrina sabe que hubo un examen que se ingresó mal, que ella hizo pagar y la enfermera hizo tomar. Sabrina, como mujer pintada de rubia, que se levanta con la gallina quinta, conoce el arte de timar. Se ha puesto a convencer al marido ese de dejar un reclamo suficiente para que a Pía no la vea más.

**Paulina Rubio A.**  
**Mención Honrosa**  
Concurso Cuenta la Pega  
Santiago, julio 2010.

Este Concurso fue realizado en el marco de la Campaña Más Respeto a los Derechos Laborales de las y los Jóvenes

